MARIO LEVI

Estambul era un cuento



Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

MARIO LEVI

Estambul era un cuento

Traducción de
Pablo Moreno

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

¿Quién se había quedado en quién y por qué persona?

Olga
Las fronteras de su país las trazó un poco sin darse cuenta en su pequeño piso de Şişli. Su collar de diamantes lo estuvo llevando con todos sus recuerdos y añoranzas para poder seguir siendo la princesa de cuento en la que siempre había creído. En realidad, era la mujer de los amores que no se habían vivido adecuadamente. Tenía ganas de marcharse a México.

Madame Roza
Hablaba griego desde su infancia, un griego que nunca había podido olvidar, importado de su tierra natal en Tracia, junto a un inmenso mar de margaritas. Éstas eran las claves que le abrían las puertas de muchas de las habitaciones escondidas y prohibidas del relato. Afrontó la vida creyendo sobre todo en la virtud de la paciencia y de la condescendencia. Nadie quiso tocar la relación que había establecido con aquella vendedora de sombreros de Yüksek Kaldırım. Fue un auténtico puerto para todos los miembros de la familia.

Madame Estreya
Optó por concebir y vivir su amor en un lugar alejado de todos los personajes de la historia. Nadie llegó a enterarse a ciencia cierta de que vivía en aquella otra parte de Estambul. A su familia regresó ya con su cuerpo sin vida en los tiempos en los que todo el mundo había empezado a ausentarse, cada uno a su manera. Sus miradas evocaban la profundidad del mar. Sólo hubo una persona capaz de captar como es debido el significado de esa profundidad.

Muhittin Bey
Disfrutaba, con los mismos sentimientos y frustraciones, de las can-

ciones sentimentales de Selahattin Pınar y de las polonesas de Chopin. Parecía querer permanecer en la historia como un personaje incapaz de poner fin a su canción. Para él, la vida era una broma de mal gusto.

Eva
Era hija de una familia de banqueros de Riga. De cara a su hija, los días en que decidió casarse con un primo de tercer grado fueron también los días en los que acarreó un secreto que no podría compartir con nadie. De hecho, eran precisamente los secretos lo que le daba vida y sentido a sus relaciones amorosas. Lo que más lamentó cuando tuvo que dejar Odessa por Alejandría fue despedirse irremediablemente de su piano.

Schwartz
Era uno de los ilustres oficiales del ejército austrohúngaro. A la historia se incorpora con la identidad de un personaje sin memoria y perdido en Estambul. Tenía un país del que no era capaz de hablar; no podía sino ofrecer su foto. Nunca pudo olvidar la granja que dejó en aquel país.

Yasef
Para él era importante «freír a lisonjas» a la clientela, así como saberse todos los chistes del mundo. Creía que no había ningún motivo para confiar en las mujeres y se pasó sus últimos años repitiendo constantemente que había vivido más de la cuenta. ¿Llegaría a percatarse de que había conseguido transmitirle a su hijo por lo menos ese talento cómico?

Ginette
Su historia vio la luz dentro de una guerra que tardaría muchísimo tiempo en contarse. Creyó que había crecido primero en un convento en las cercanías de París, después en Estambul y más tarde en Haifa. Perdió una parte muy importante de sí misma en otra guerra. Cuando se le apareció al narrador en Viena en un momento inesperado, estaba sumida en las aguas de una tristeza que no podía disimular. Aunque le habría gustado sonreír, estar siempre sonriendo.

Anriko
El momento en que más echó de menos a su hermana tuvo lugar mientras caía en aquel pozo profundo.

Marsel Algrante
Iba en busca de otro dios. Era antiguo alumno del liceo de Galatasaray, y Voltaire le apasionaba.

Sedat el árabe
Llevó durante toda su vida su mestizaje con orgullo y se pasó años recorriendo las carreteras de Anatolia, vendiendo productos de perfumería en su minibús, al que había bautizado como *Detective*. En su interior tenía escondidos, un poco por este motivo, mapas secretos de carreteras que nadie conocía ni había visto. Gozaba de un talento extraordinario para la imitación. Aquel pueblecito cercano a Estambul era muy importante no sólo para él, sino también para otra persona que aparece brevemente en la historia.

Henri Moskovich
Era el hijo de un comerciante que había adquirido una gran fortuna durante la época del Imperio. La experiencia que vivió con una condesa de Viena, de cuyo nombre nunca llegó a enterarse ninguna de las personas que intervienen en este extenso relato, supuso, para él, el principio del fin. Según los rumores, vivió romances fugaces con las cantantes y actrices más famosas de la época. Sin embargo, a decir verdad, en su vida sólo constaba una única princesa de cuento.

Tío Kirkor
Escuchó por casualidad y sin querer muchas conversaciones privadas. Un accidente inesperado lo apartó del arte del torno y lo arrojó al mundo del comercio. Era el amigo más fiable de Monsieur Jak. Tenía un motivo de auténtico peso para no pedirle a su mujer que le hiciera mejillones rellenos.

Juliette
Su mayor sueño era poder interpretar a Nora en aquel escenario. Sus rebeliones las trató de vivir siempre en las fotografías, que tan bien

tomadas tenía. Quería que el narrador la viera como una mujer fuerte; ella, en realidad, no bailaba más que con sus propias canciones. La única vez que lloró fue el día en que enterró a su hija.

El cónsul Fahri Bey
Su casa de Salacak era un poco un centro de retiro. Decía en cierto momento de la historia que había salvado a numerosos judíos turcos de los campos de concentración.

Ani
Su defecto trató de olvidarlo con ayuda de hombres siempre diferentes de los que podría separarse sin problemas, pero su historia no se lo puso nada fácil. Debía de haber otras maneras de entenderse mejor con su padre, maneras totalmente diferentes, más cálidas y tangibles.

Rozi
Albergó grandes rebeliones dentro de los márgenes de su silencio. Para poder explicar aquella tormenta como quería, necesitaba que alguien la tocara. Nunca nadie llegó a enterarse de si experimentó ese contacto, pero es una pena que todos estos temas se dilucidaran tan tarde.

Berti
Aglutinó en sus largos paseos por Estambul un gran número de los viajes por el mundo y por la vida que nadaban en su pasado. Le gustaba mucho el cine y exhibir que leía *The Guardian*. Muchos de sus conocidos decían que sus estudios en la Universidad de Cambridge habían resultado en balde. Estaba obligado a creer que era un buen padre.

Nora
Bajo aquella lluvia que compartió con su madre habló de la imposibilidad de regresar al pasado. Se marchó a un lugar con el que uno siempre sueña, pero hacia el que siempre pospone el viaje. ¿Fue esto acaso lo que incitó al narrador a querer hablarle a alguien de ella? ¿Fue esa cosa que se quedó a medio terminar lo que provocó que el narrador no pudiera olvidarla? Esto lo aclarará, muy probablemente, otra historia en otro momento. Su nombre, teniendo en cuenta aquella obra, le venía que ni pintado a todo lo que había hecho.

İncilâ Hanım
Sus profesores del conservatorio veían en ella a la Seyyan Hanım del futuro. Sin embargo, arriesgándose a la soledad y a las equivocaciones, ella prefirió casarse con Hugo Friedman y desaparecer en Londres. A Kanlıca volvía prácticamente cada año para no olvidar el placer de beber *raki* mirando al mar y por el recuerdo de lo que había dejado en aquella vieja mansión.

Monsieur Robert
En la regresión que había asumido en aquella pequeña habitación de hotel en Sıraselviler estaban las fotografías de alguien que había, al mismo tiempo, vivido y errado otras vidas. No le fue nada fácil aceptar que había encontrado su verdadero hogar en el pequeño piso de Londres de İncilâ Hanım, ni tampoco olvidar la noche en que la princesa Soraya le encendió el cigarro en aquel gran casino de Montecarlo. Para cuando se escribió la historia, se desconocía si seguía con vida.

Monsieur Tahar
Con su elegancia, su bastón y las gafas negras que se ponía al salir a la calle, a uno le recordaba, más que a un periodista jubilado, a un antiguo espía condenado a permanecer en una ciudad. Creía que el misticismo era un extenso poema que se le había regalado a la humanidad, pero que aún no se había descubierto plenamente. De saber lo que había dejado en Casablanca, la ciudad de su infancia y de su juventud, los amigos que tuvo durante sus últimos años habrían entendido mejor su vida.

Monsieur Aldo
Unas veces era un árabe católico de Beirut, otras, un hijo de europeos nacido en Esmirna, otras, un tesalonicense, y otras, un judío asquenazí de Estambul. Los últimos años de su vida se los pasó, según algunos, en Barcelona, y según otros, en Goa. Algunos decían que había muerto de sífilis y otros, que a sus días en este mundo les había llegado el fin después de ser acuchillado por un comerciante de armas sirio. Éstas eran las vidas y las identidades que se le conocían. Ganó fama por sus estafas a escala internacional. Se decía que tenía conocidos en todos los rincones del mundo.

Lola
Con todo lo que le había aportado la sólida educación musical y teatral que había adquirido en Budapest se subió a un escenario muy diferente en los cabarés del Soho. Al fin y al cabo, salvarse de aquellos campos de la muerte tenía un precio. ¿Supuso algún cambio real en su vida encontrarse una de esas noches con Monsieur Robert?

Carlo
Presumía de saber trece idiomas además del yidis. Creía que los verdaderos relatos de amor sólo podían vivirse en el mar. Es probable que esta convicción tuviera que ver con el hecho de que un buen día decidiera dedicarse a la guía de barcos en el Bósforo. Sin embargo, cuando optó por vivir nada más que en el mar, quiso explicarse a sí mismo que estaba esperando a alguien y que debía esperarlo hasta el final.

Şükran
Soñaba con abandonar su piso en aquel inmueble, un piso pequeño, oscuro, con el ambiente cargado, y tomar rumbo hacia el sol. Su historia podría haber dado argumento a una de las noticias irrelevantes de cualquier periódico.

Hüsnü
Era una de esas personas incapaces de asentarse en Estambul por culpa de su obsesión por diferentes valores. En su caso, el hecho de permanecer siempre ajeno a las luces nocturnas de la ciudad podía albergar los motivos de su desesperanza, de que no pudiera abrazar a su hija en los momentos más duros. Había que pensar que, hasta los últimos días del relato, aguantó ese cigarrillo Bafra entre los dedos y, lo que es más importante, conservó aquel periódico. En esta actitud debía buscarse también lo que sintió al volver a su pueblo después de no haber podido ni siquiera adquirir un inmueble.

Anita
Quería dar cierto paso y explicárselo al narrador. Aquellos momentos de encuentro no fueron, en realidad, casuales, sino más bien exigencias del relato. No obstante, para poder dar ese paso, uno estaba en parte obligado a creer que crecían otras flores en esas montañas.

Eleni
No se merecía estar recluida en aquella casa y optó por rebelarse paseándose totalmente en cueros por esas habitaciones de las que jamás pudo escapar. Se decía que un oficial del ejército aficionado a las aventuras había entrado en su vida en los días en los que era una joven atractiva. De haber encontrado a este hombre, podría haber cambiado radicalmente el curso de la historia.

Tanaş
Entre los vendedores locales fueron muchos los testigos que no pudieron olvidar los bocadillos que preparaba en su puesto de tapas del mercado de los jueves. Se decía que estaba amarrado a su hija por los lazos de una pasión secreta.

Jerry
Había dispuesto todos los preparativos para hacer un gran cohete. Se decía que había estudiado en Harvard y también que un día ingresó en una orden religiosa desconocida. Para las fechas en que se escribió el relato, su paradero seguía siendo un misterio.

Marcelina
Según algunos, era una mujer de carne y hueso; según otros, sólo una fantasía. Os la habríais podido encontrar en el momento más inesperado en cualquier ciudad del mundo.

Harun
Nunca se pudieron esclarecer los motivos de que dejara primero la guitarra y después su cargo de gerente de operaciones en una gran empresa y decidiera montar un puesto de albóndigas. Era una de las personas clave de la historia, pero él mismo, por algún motivo, decidió dejarse ver más bien poco.

Jozef
Fue incapaz de hacerle entender a nadie a quién estaba buscando en aquel inmenso país cubierto totalmente de blanco. A su regreso a los destellos de la ciudad en el carruaje de la Isla, ¿habría entendido que las aguas habían vuelto a su cauce?

Niko
Afirmaba tener una novia en Tesalónica que lo estaba esperando con paciencia. De no haber sido un buen sastre, no se habría ganado el apodo de chalequero chorizo. Cuando fue desterrado de Estambul por culpa de aquella desafortunada resolución, le dejó en confianza a un amigo muy cercano, con la intención de regresar algún día, sus vinilos auténticos de *La voz de su amo,* de la época de Monsieur Schurr y de los hermanos Gesaryan. De aquel día a esta parte, esa colección ha desaparecido, y en cuanto a ese amigo, tampoco se supo nunca quién era.

Yorgo
Era el gato de Niko. Se decía que hablaba bien griego y, lo que es más importante, que bebía *raki*.

Tía Tilda
No pudo transmitirles más que a unas pocas personas el sueño que había encontrado en el cine. Estaba convencida de que, de haber sido invitada a la celebración de aquella boda, habría estado tan guapa como Merle Oberon, por lo menos una noche. Pero el más allá de esa frontera caminaba sigiloso en su interior. Las huellas de ese largo camino yacían en las experiencias que había vivido tanto dentro de su matrimonio como en todas sus relaciones ilegítimas y prohibidas.

Mozés
Sus tradiciones lo empujaron no sólo a convertirse en sastre, sino también a vivir en diversas ciudades. Aquel maestro relojero de Odessa le había regalado un cuento de hadas que se prolongaría durante años y, lo que es más importante, también por otras personas. Desde luego, coger una neumonía cuando le estaba dando a Estambul, a su última ciudad, sus puntadas finales fue de lo más absurdo.

Enrico Weizman
Era un judío comunista español que, después de la gran derrota en la guerra civil, se había visto obligado a refugiarse en Francia. De no ser por aquella carta que le envió a Monsieur Jak, no habría tenido cabida en esta historia. Vino a Estambul en dos ocasiones, la segunda, con

toda probabilidad, para compartir los otros momentos de la historia que jamás se habían podido contar antes.

Rahel
Amó a Nesim, disfrutó de él, trató de comprenderlo y estuvo esperándolo en todos los sitios que conocía. Su facultad de mirar a la vida con una sonrisa en los labios no se debía sólo a su personalidad. Se arrepintió enormemente de dejar en Estambul a su hermano autista, que había perdido el norte de su vida, pero también sabía a ciencia cierta que no podría desgajarse de la familia que había formado en un territorio diferente. Todo esto fue antes de los campos de concentración. ¿Era posible creer en la herencia de Job también en aquellos días?

Muammer Bey
La pajarita al cuello era una constante en su atuendo. Creyó toda su vida que el trabajo era un obstáculo para la vida. En los días del impuesto sobre el patrimonio, desempeñaría un papel destacado que quizá, para muchos, pasara desapercibido.

Madame Perla
Después de cerrar los ojos a la luz, vio los sitios que nadie había visto y tocó los lugares que nadie había tocado. Nunca pudo perdonar a su marido por haber muerto sin avisarla. Su hijo, en sus últimos años, quiso recordarla sobre todo por la belleza que irradiaba las noches en que volvían de Şahzadebaşı en barca, navegando por el Cuerno de Oro.

Avram Efendi
Reunía en su persona a un hombre de mundo y a un reparador de alfombras de anticuario que soñaba con que cada una de las piezas que salieran de su taller se convirtiera en una obra de arte. Los días en que iba a sentarse al café de Sarıadam a esperar el premio gordo de la Lotería Nacional en compañía de Monsieur Moiz, un antiguo personaje, tan sólo llegarían muchos años después de aquel incendio. ¿Podía relacionarse su miedo a morir de repente en mitad de la calle con las experiencias que había vivido durante aquel siniestro?

Mimiko
En sus canicas quiso esconder, además de un mundo, todo un abanico de luces. Si hubiera sido capaz de recorrerse en bicicleta aquella isla de cabo a rabo, muchos de sus amigos lo habrían mirado con otros ojos. Quizá ése fuera también el motivo de que los platos que pedía en aquel restaurante de Tepebaşı fueran sus comidas más reales.

Lena
Parecía salida de los fotogramas de esas típicas películas. Fumaba con boquilla larga y decía que, si por ella fuera, la vida podría empezar a partir de la medianoche.

Nesim
La admiración que sentía por el idioma alemán no impidió que lo enviaran a los campos de concentración. Teniendo en cuenta algunos detalles, se trataba de un auténtico otomano que no había abandonado su lealtad a Estambul. Creyó que refugiándose en su condición de turco, en esa pequeña ciudad a orillas del Atlántico, podría librarse del viaje hacia la muerte. Sin embargo, los personajes de aquellos días tenían que dar más importancia y prestar más atención que nunca a ciertos detalles.

Monsieur Jak
Encarnaba al protagonista de una gran lucha que, a ojos de diferentes personas, albergaba tantos aciertos como errores. De no ser por él, esta larga historia no se habría escrito. De no ser por él, nadie se habría arriesgado a plantearse estos vastos interrogantes. En las cartas que escribió a sus padres desde España, adoptó la identidad, de cara a muchas personas, de un buen conocedor de los pormenores de la vida. Para él, tanto los cuentos como acudir a la orilla del mar durante sus últimos días gozaban de mucha importancia. Era un gran maestro del juego del *bezik* y estaba profundamente ligado al sentimiento que la rosa centifolia le evocaba. Con todo esto podía bastar para comprender mejor sus sentimientos en aquel restaurante de Kireçburnu, aquella tarde de verano en la que los barcos cruzaban por delante de sus ojos.

Cuentos y recuerdos

La estrella de Estreya

A partir de cierto momento y con el transcurso de los años, uno aprendía a sobrellevar de maneras diferentes el dolor de ser abandonado o de tener que abandonar a alguien. Con el tiempo, uno podía descubrir también la magia de permanecer escondido detrás de ciertas imágenes. Uno podía representarse las imágenes de las victorias, de las derrotas, de las desazones, de los arrepentimientos y de las despedidas que de vez en cuando regresaban a su vida a través de las diferentes muertes. Pero para poder entender mejor por qué Monsieur Jak, en esos momentos, añoraba más a Olga que a cualquier otra persona, no sólo había que probar todas estas opciones, sino también saber alcanzar los límites de su historia.

En sus largas noches de soledad, me resultaba difícil descubrir de qué personas se acordaban, cómo y con qué imágenes, con qué olores o sonidos, o querer conseguir ensamblar debidamente, como a ellos les habría gustado, las piezas del rompecabezas. También yo estaba deseando adentrarme en esos callejones. Algunas imágenes y algunos sentimientos descansaban en una región diferente de aquellas vidas, una región cuya importancia también yo comprendería con el tiempo. También yo. Después de aprender, en cierta medida, a avanzar a través de esas personas pese a todas mis tergiversaciones. En este sentido volvían a quedar las pistas, y mi misión era saber captar esas pistas y poder perseguirlas o perseguir los detalles, intentando vivir, cuando menos aparentemente, las historias escondidas en un lugar nuevo e inesperado, arriesgándome a caminar por un sueño. Ésta era la vía por la que uno podía acceder al trasfondo de una obra de la que, a los demás, no querían presentár-

seles más que las escenas que podían verse y los diálogos que podían oírse.

La última vez que nos juntamos fue en casa de Juliette, en recuerdo de Madame Estreya. Después de llevar una vida diferente en un lugar diferente, Madame Estreya había muerto guardándose para sí misma sus últimos momentos, sin compartirlos con nadie, rodeada por los «otros», como bien exigía el camino por el que había optado. Nadie había concebido su muerte como una de ésas que ya conocíamos, y nadie lamentaría realmente su ausencia. De hecho, llevaba años sin estar ahí. Se había pasado años en otra vida. Aun así, después del funeral decidimos reunirnos en aquel banquete tradicional que había que celebrar «en familia», cuyo menú permanecía invariable desde hacía mucho tiempo. Éste era el último cometido. Nadie podría impedirle a nadie albergar este sentimiento. Nadie. Ni siquiera… ni siquiera la vida. Ni siquiera la vida, ni siquiera aquellas personas cuyas vidas parecían traicionarse mutuamente. Al menos, esta reunión suponía una oportunidad para revivir y condensar en un brevísimo espacio de tiempo, y sin darle parte a nadie, los momentos ocultos que tenían que ver con esas personas y que llevábamos en nuestra alma. En esos momentos, uno podía por lo menos realizar una pequeña escapada con esa y por esa persona. Por este motivo, con lo que nos encontramos en aquella comida, como siempre sucedía en estas celebraciones, fue también con nuestros recuerdos, nuestros pequeños remordimientos y las muertes de épocas pasadas. Puede que las vidas no nos pertenecieran siempre, pero las muertes, desde luego, sí que lo hacían. Esto se intuía incluso en la última oración que se realizó en casa. Había que inclinarse con respeto ante el recuerdo de los miembros de la familia que se sabía o, mejor dicho, se creía que habían llegado al paraíso. El rabino solía recitar uno a uno los nombres de esos muertos y la comunidad respondía al unísono: «Quede su alma apegada a la vida eterna». Hacía años, siglos, que se vivía de este modo, que se quería vivir de este modo. Naturalmente, uno podía dar un salto hasta el aquí y ahora partiendo de esas personas, de los lugares que había dejado atrás, en otras épocas; uno podía volver al presente logrando que los de su entorno no se percataran de esta regresión al pasado. Las ausencias eran las vuestras, el juego era de todos.

El funeral se ofició en la pequeña sinagoga que había en el cementerio. Al fin y al cabo, Madame Estreya tampoco dejaba atrás tantos

amigos ni familiares como para llenar una sinagoga grande, ni disponía de dinero suficiente como para merecerse un funeral de primera clase. Ahora que me acuerdo de ella, me vienen a la cabeza unas cuantas imágenes abandonadas en un pasado remoto, más que remoto. Unas cuantas imágenes totalmente borrosas con algunos detalles probablemente olvidados. Por eso mismo no puedo acceder como me gustaría a su historia, a esa larga historia que, estoy convencido, ha legado a una serie de personas que desconozco. Parece que algo hubiera desaparecido, que alguien lo hubiera extraviado en algún lugar muy lejano para que no se localizara jamás. De algún modo, los caminos y las puertas que conducían a ella estuvieron siempre cerrados. Ella fue siempre una desconocida, una desconocida en medio de desconocidos, una desconocida que estaba, si se puede decir así, condenada a serlo, o que había elegido serlo a partir de un momento dado. Una desconocida. Sin embargo Madame Estreya era la hermana pequeña de Madame Roza y la segunda hija de la familia que había elegido caminar por el lado difícil de la vida, por lo que le tocó pagar un alto precio. Aunque sus más cercanos no la rechazaran, no pudieran rechazarla como a la tía Tilda, siempre consideraron o quisieron considerar que se hallaba en algún lugar en la distancia. Las tradiciones, a pesar de su belleza y de la necesidad de protegerlas, conllevaban tanta crueldad y tantas muertes silenciosas… Para los que se conformaran con unos pocos detalles, para los que creyeran que unas cuantas frases bastaban para resumir la vida de una persona o para los que hubieran optado por permanecer en esas familias, sumidos en esas tradiciones, esta historia no era más que uno de esos relatos sencillos de los que no apetecía ni merecía la pena hablar largo y tendido. En realidad, Madame Estreya, con sus ojos azules como el mar, que me gustaba considerar el legado de alguna posible línea de descendencia lejana que se remontara a Tracia, era la hija más hermosa de la familia, por lo que he podido comprobar. Al parecer, durante sus años de instituto era una chica introvertida y aficionada a la música. Estudió en la High School, donde educaban a las muchachas deliberadamente como *ladies*. Le gustaba mucho leer a Dickens y descubrió en la figura de su hermano, Monsieur Robert, las imágenes de las novelas que leía una y otra vez en aquel instituto. Un día se enamoró de un muchacho reservado, igual que ella, que estudiaba en el liceo de Galatasaray. En aquella época, ambos eran estudiantes. ¿Dónde y cómo conoció Ma-

dame Estreya a este muchacho sensible que en los años posteriores entraría en su vida con el nombre de Muhittin Bey, un joven que sentía por las polonesas de Chopin la misma inclinación que por las canciones de Selahattin Pınar y que pondría mucho cuidado en no mostrarles más que a algunas pocas personas su afición por la poesía? ¿Qué coincidencias detonaron aquel encuentro? ¿Qué sentimientos o carencias la invitaron a avanzar con nostalgias y por esperanzas diferentes hacia un futuro tan distinto del que se le había propuesto dentro de esta relación peligrosa y prohibida? Esto nunca lo he sabido ni lo sabré. Lo que aquí se había producido era, en cierto modo, una ruptura, una época que los que vivían aquellos días prefirieron guardarse para sí mismos y no compartir con nadie. Éste era uno de los temas de los que no se hablaba demasiado en la familia, a los que jamás se quiso regresar. Sin embargo, por lo que pude entender, ellos vivieron uno de esos amores tremendamente conmovedores que, a pesar de todos los obstáculos y de todos los vaivenes, se acaba tarde o temprano por aceptar que son inevitables, uno de esos amores por los que uno se arriesga al máximo haciendo frente a todas las consecuencias y por el que, según algunos, se arrastraron mutuamente a su propia infelicidad, al lugar que les correspondía fuera de la sociedad. Se casaron de algún modo siendo en parte conscientes de que debían asumir una lucha dura y prolongada, no sólo con sus familias, sino también por la vida en general. Estuvieron un tiempo viviendo en Feriköy. Más tarde, se mudaron a Harem, un barrio mucho más alejado, totalmente ajeno a sus familias, como si quisieran oficializar su exilio en relación a ellas. Harem, un barrio que, en aquella época, todos consideraban un lugar alejado, muy alejado desde muchos puntos de vista, en el que un judío jamás se plantearía vivir. Según llegué a saber, la decisión fue más bien de Madame Estreya. Una decisión, eso es. Una decisión por la vida, una decisión que quizá pueda tomarse sólo una vez en la vida con el fin de definir el lugar que a cada uno le corresponde en ella. Con la añoranza de un futuro nuevo, diferente, que poder considerar propio, pero, al mismo tiempo, con el fin de demostrar a algunas personas cierto acto de rebeldía, la fidelidad a un amor, la llamada a un amor verdadero, o dicho de otro modo, su determinación de no dar marcha atrás. Instalarse allí tampoco fue fácil para Muhittin Bey, pues siempre, toda su vida, había sentido que pertenecía a la otra orilla de la ciudad. La ocasión de manifestar ese apego la encontraría durante el

pogromo de Estambul[1], acogiendo a Apostol, su amigo de la infancia y de la adolescencia, en su casa con su familia, pese a sus limitadas posibilidades, y se lo confirmaría a sí mismo, principalmente a sí mismo, cuando al día siguiente de los disturbios tomara de la mano a su sobrino de seis años, se lo llevara por la mañana temprano a Beyoğlu y le dijera mientras le enseñaba lo que allí había sucedido, los daños que se habían producido: «Fíjate, ¡esto es algo que no debes vivir en la vida!». Principalmente a sí mismo, así es. Quizá, quién sabe, con la esperanza de regresar a aquellos días perdidos muchos años después de arriesgarse a ese amor.

Añoranzas, infortunios, pequeñas alegrías… Ellos vivieron este amor en sus pequeños mundos, aprendiendo cada día un poco más lo que un amor proscrito les podía aportar y lo que se podría llevar de sus vidas. Cada día un poco más convencidos de que merecían ese amor con todas las consecuencias que les había tocado sufrir. A pesar de los demás, de las tradiciones y del sufrimiento de la vida que habían dejado a sus espaldas. Sin esconderse nunca detrás de los demás o de las tradiciones que no se habían respetado. Esta determinación es suficiente para explicar que no pudieran visitar o que decidieran no visitar a sus familias durante largos periodos de tiempo. Al cabo de los años, muchos años desde entonces, la ocasión la brindarían los días festivos. Se hicieron visitas tímidas con pasos temerosos, con los que se quiso de nuevo explicar y dar a entender aquellas familias cada vez más diferentes. Pero esto es todo, en esto se quedó todo. Unificar ciertos caminos, rellenar ese vacío, un vacío que se había ido formando con el transcurso de todos esos años, era, de hecho, imposible. Hacía mucho que los lazos, los verdaderos lazos, se habían soltado.

Cierto rumor aseguraba que Madame Estreya se había convertido al islam, adoptando el nombre de Yıldız, aunque con el tiempo se descubrió que el origen de este rumor no era sino una mentira. Se habría esperado que en esa vida repleta de inconvenientes en aquellas tierras lejanas, alguien tomara una decisión semejante para hacer que ciertas dificultades se combatieran más fácilmente, se pudieran superar. Es más, esta decisión habría proporcionado también algunas pis-

1. Pogromo ocurrido entre el 6 y el 7 de septiembre de 1955 dirigido principalmente contra las ciento cincuenta mil personas de la minoría griega, así como contra judíos y armenios. *(N. del T.)*

tas sobre otras verdades que debían buscarse en un lugar mucho más profundo. Sin embargo, esta decisión no podría haberla tomado nadie que no fuera Madame Estreya, igual que cuando se arriesgaron a vivir aquel exilio. Porque el Muhittin Bey que yo conocía era un hombre tan delicado y tan abierto de mente, y sabía tan bien cómo tratar a los demás, que incluso ante lo que estaban viviendo sería incapaz de exigir nada que condujera a esta decisión.

Después ya de jubilarse, solía venir de vez en cuando a la tienda a visitar a Monsieur Jak. Por aquellos años, había cerrado ya su pequeño negocio de ultramarinos del mercado de Kadıköy, el cual miraba desde lo lejos con aires un poco pueblerinos al mercado de pescado de Galatasaray. Me acuerdo de él en aquellos días. Ni Madame Roza ni Madame Estreya tenían seguramente constancia de estas visitas. En realidad, no dispongo de ningún dato concreto que corrobore esta idea, así que es posible que me equivoque.

Además, aparte de todo esto, estaba también el encanto de los momentos que sabíamos que se escondían en algún sitio y que nos resultaban hermosos, impolutos e intactos porque aún no los habíamos vivido. En parte por este motivo, las historias no se acababan, tal vez no pudieran terminarse, quién sabe.

En cuanto a las verdades, a lo que pude ver, a lo que pude vivir en calidad de testigo, Muhittin Bey era un gran simpatizante del Partido Republicano del Pueblo. Por eso, a la hora de manifestar sus valoraciones sobre la política cotidiana, discutía con frecuencia con Monsieur Jak, un ferviente devoto del Partido Demócrata. En parte, el objetivo de estas discusiones que se desarrollaban en la tienda era también darle una chispa de color a la vida, encubrir las demás vidas, cada uno a su manera. Porque la cara que todos conocían de los sucesos cotidianos, de la que todos podían hablar, era el escudo de aquellas vidas que no se podían revelar a todo el mundo. Con todo, a pesar de estas evasivas, había un lugar que los unía en un sentimiento que no he podido definir ni describir. Creo que ese lugar se compartía en los momentos en que reaparecían los aspectos duros de la vida. Por este motivo, no necesitaron demasiadas palabras para definir aquel lugar. El cariño que los mantenía unidos era un sentimiento profundo que se vivía sin manifestaciones excesivas. Los raros días en los que realizaba esas visitas a la tienda, solían ir a comer juntos, cómo no, al restaurante de Borsa. También yo participé un par de veces en esas

comidas, en las que Monsieur Jak hablaba de cómo cambiaban los días y las personas, y de un Estambul que se estaba desmejorando. Cada día que pasaba, se quedaban un poco más al margen de la ciudad en la que vivían. Muhittin Bey solía repetir en varias ocasiones durante esas comidas que la vida es una broma de mal gusto. Estas palabras se asemejaban, a primera vista, a la letra de una canción barata que podría agotarse con facilidad. Pero pensándolo con detenimiento, era posible descubrir en esa frase el resumen más acertado de la vida de numerosas personas. La vida es una broma de mal gusto. Monsieur Jak no era ajeno a este sentimiento, no habría podido sentirse alejado de nadie que supiera acarrear y viviera con toda su alma este sentimiento. Estoy seguro de que había existido otra época en la que, igual que muchos de los miembros de la familia, no había visto o podido ver a su cuñado como «El Turco».

Por lo que pude entender de aquellas acaloradas discusiones en la tienda, también Madame Estreya se había hecho del Partido del Pueblo. Esta decisión no la podía tomar con facilidad un judío que hubiera vivido aquellos días, el periodo de İsmet Paşa[1]. Sin embargo, tenía tantos motivos para manifestar su oposición a su familia y a aquellas vidas…

Una tarde Muhittin Bey estaba cantándole a su mujer, con la que llevaba años viviendo, una de las canciones de Selahattin Pınar, acompañado de su laúd, cuando de repente se murió. Así, de pronto, sin poder terminar la canción, apoyando la cabeza sobre el laúd, sonriendo levemente. Debió de ser un infarto de miocardio. Y eso es todo, como si estuviera gastando una broma. Éste fue evidentemente el último espectáculo de Muhittin Bey, su último espectáculo, que ponía de manifiesto su manera de mirar a la vida, su manera de estar en la vida. Creo que por eso nunca he podido olvidar la frase de que la vida era una broma de mal gusto. Y para colmo, la canción se quedó sin acabar. Esta imagen, este instante de eternidad, le pegaba tanto a ese mundo… Del entierro y del funeral se ocupó Monsieur Jak. En mi opinión, es un detalle que merecía la pena tener en consideración. Y ésta es la historia de Estreya y de Muhittin. No tuvieron hijos. ¿Fue por algún motivo en concreto? ¿Fue una decisión consciente? Tal vez.

1. Militar turco que desbancó a Menderes del gobierno con un golpe de estado en 1960. *(N. del T.)*

Según Madame Roza, tenían motivos que podrían no sólo justificar, sino también llamar a defender esta decisión. Para Monsieur Jak, ésta era una de las preguntas que no se podrían ni se querrían responder fácilmente. Parecía que, a este respecto, hubiera compartido con Muhittin Bey un secreto importante, muy importante. Un secreto capaz de esclarecer y de dar a conocer una vida, al menos en una de sus facetas, un secreto que habían intentado proteger entre dos personas. Uno de los secretos que uno se lleva consigo a la tumba.

Tras la muerte de Muhittin Bey, Madame Estreya no sólo no regresó a su familia, sino que tampoco hizo nada para que las visitas se sucedieran con mayor frecuencia, las visitas a esas casas y a esas personas que había abandonado hace años incluso forzosamente. Las puertas se habían cerrado, las habían cerrado de una vez por todas. Las vidas habían cambiado. De hecho, según puedo recordar, murió dos años más tarde. Sin hacer esperar a ese hombre al que había encauzado en una vida diferente, sin tener que vivir demasiado tiempo sola. Unos vecinos suyos informaron de su fallecimiento. De hecho, algunos vecinos tenían siempre papeles semejantes en historias como ésta.

De vez en cuando, al pensar en todo esto, en esta historia, me pregunto por qué Monsieur Robert y la tía Tilda no salieron en defensa de su hermana. No cabe la menor duda de que aquellas relaciones estaban repletas de vaivenes que desconocía y de los que nunca llegué a enterarme. Pero desde luego, si alguien había optado por romper lazos con los demás y por asumir todas las consecuencias de esa ruptura con el objetivo de confirmar una vida, no podía ser otra que Madame Estreya.

En parte fue un sentimiento de obligación el que nos acompañó al banquete del funeral de Madame Estreya, quien quedará siempre en mi memoria con esa imagen, la imagen de una mujer que tomó la decisión, en parte forzosa, de vivir siempre alejada de ciertos lugares y de ciertas cosas, que prefirió vivir y consumar en sí misma un largo viaje, pero que, frente a todo esto, se ganó y, lo que es más importante, aprendió a gestionar y a acarrear con todas sus repercusiones la soledad con la que había aprendido a no avergonzarse de sí misma y a quererse. Quizá este logro pueda explicar también que a su regreso de las tierras que había elegido a las que había abandonado, no quedara nadie que se despidiera de ella o, mejor dicho, de la figura que su

cuerpo había dejado con ese pequeño ritual que siempre me había parecido tan impresionante, nadie que hiciera ese pequeño tajo en una de sus prendas de ropa interior. Ninguno de esos familiares estaba ya en aquella casa, así es. Madame Roza había muerto, Monsieur Robert estaba en Londres, en un sitio que nunca dejaría para volver a Estambul, la tía Tilda no vino, a pesar de los llamamientos, y dijo que haría ella sola en la sinagoga una última plegaria por su hermana. No se le leyó aquella última oración por su alma, ni siquiera la oración del Kadish[1]. En aquellos días pude aprender mal que bien a observar a través de una ventana cómica el sufrimiento y los tiempos pasados. En este sentido, no poder leer aquella oración suponía para mí dejar escapar una pequeña función de la que me gustaba ser espectador.

La situación difería un poco de las oraciones masificadas de antes. Entonces rezaban todos juntos sin entender jamás lo que decían, como se les había enseñado cientos, miles de veces en el idioma de un mundo que sonaba lejano, tan lejano que resultaba inexplicable, como Dios manda, para perpetuar el orden y confirmar que todo estaba correcto, pero ajenos en definitiva a sí mismos. Nunca se me han olvidado aquellos momentos. Estaba seguro de que ignoraban que esa oración no estaba en hebreo, incluso que se trataba de una invocación heredada del antiguo cautiverio de Babilonia. Naturalmente, no podría desdeñar jamás la importancia de la confianza que provocaba reunirse para orar, sobre todo con vocablos diferentes, ni de ese calor que no se podía manifestar con palabras, que sólo había que sentir. Al fin y al cabo, existe un lugar en el que uno siente, quiera o no, que es diferente, le guste o no. Y además de querer adentrarse en un universo más privado, uno podía pensar que lo que se estaba sintiendo en esa oración tenía algo que ver con un sentimiento de despedida o de último recuerdo.

La oración no se leyó porque para poder hacerlo tenía que haber por lo menos diez hombres entre los presentes. Y nosotros, en aquel encuentro, tan sólo alcanzamos a conformar una familia de ocho miembros entre hombres y mujeres. Como entenderéis, había bajas entre nosotros, ciertas personas se habían quedado de nuevo en otro sitio, en el lugar equivocado. O dicho de otro modo, Madame Estreya

1. Uno de los principales rezos de la religión judía, que consiste en un panegírico a Dios. *(N. del T.)*

se había visto literalmente abandonada, en todos los sentidos. Incluso durante su muerte. Se llamaba Estreya, es decir, Estrella. Aunque su estrella no brilló nunca para ciertas personas.

Entender, intentar entender… Esta frase debía de ser importante también para Monsieur Jak, que me contó con pelos y señales no sólo el cautiverio de Babilonia, sino también las aventuras del profeta Abraham, las del profeta Salomón, las de José, las de David, aventuras que persisten hoy por hoy en mi memoria en forma de cuento de hadas. Las muertes enfrentaban a las personas con distintos momentos de soledad que anidaban en un lugar muy profundo del alma. El Monsieur Jak de aquel día parecía perdido en alguna parte al otro lado de aquella función, de aquellas funciones, sumido en una soledad que nadie podría alcanzar. Esto se podía deducir porque, después de las oraciones, no se sentó a la mesa en la que todo seguía igual, nada había cambiado ni debía cambiar durante años, sino que se sentó en el salón, en su propio rincón, en uno de esos sillones a los que no se les ha quitado la envoltura, prácticamente sin hablar, sin desatender su *raki*[1], que bebía a sorbitos digiriéndolo poco a poco, y comiendo lo que Juliette le había servido en el plato: dos o tres aceitunas, un trozo de queso blanco, una galleta casera de las que hacía con anís, por lo que se había ganado el apodo de «anisada», y una *borekita*, que yo sabía que se guardaría para el final porque le encantaba, esa empanadilla que Madame Roza cocinaba con auténtica maestría, sobre todo a la hora de alcanzar el punto idóneo de la masa, y que me recordaba a menudo a las mañanas de verano que se habían quedado en algún sitio. En este momento puedo situarlo nuevamente en ese cuadro. Había dejado la copa en la mesilla incrustada de nácar que se hallaba delante de él, la que les había regalado a Berti y a Juliette tras la muerte de Madame Roza a modo de recuerdo de un acontecimiento pequeño pero inolvidable. Con sus dedos recorría los diseños de la mesilla. Todo lo que se congregaba en ese momento, tanto las ideas asociadas a aquella empanada de berenjena y a aquel *raki* como esa mesilla y los diseños inscritos en su interior, pero que lo transportaban a uno a un viaje totalmente distinto, todo proporcionaba pistas sobre las vidas que se habían abandonado en cierto lugar, sobre sus vidas. Madame Roza había muerto, así como Olga. Ahora él ya tenía un lugar en el

1. Licor anisado típico de Turquía. *(N. del T.)*

que estaba condenado a quedarse a vivir para siempre. Quizá fuera la primera vez que este lugar se convertía en el suyo propio después de tantos momentos distintos. La primera vez que la ocasión se presentaba en el momento adecuado, que no sugería pretextos, mentiras ni dilaciones.

Sólo así puedo explicar la sonrisa que se dibujaba en su rostro mientras miraba durante un largo rato, también con algo de tristeza, el viejo reloj de cadena que guardaba en el bolsillo. Yo ya conocía el pasado, o mejor dicho, las historias que se escondían ahí, en ese reloj de plata. En esos caminos había personas que, en ambientes diferentes, habían tenido esperanzas en momentos diferentes. Estas personas, que se comunicaban entre sí en un idioma totalmente distinto, se encontraban unas a otras en el interior de esa esfera, en los detalles de aquel reloj. Yo creía en esos detalles. Y mi propio tiempo sería el único en demostrar, el único capaz de demostrar si he llegado o no a acceder realmente al interior de esas habitaciones. Podría haberme quedado en una de las habitaciones en las que me había metido, y haber querido esconderme y vivir allí mi evasión. Sin lugar a dudas, se trataba de un camino peligroso. Pero al mirar a esas personas me pregunto: ¿acaso había otra manera de descubrirme a mí mismo?

El maestro relojero de Odessa

¿Cuántas veces he querido ya explicar y compartir con alguien la idea de que algunos amores nunca mueren, de que subsisten a pesar de las rupturas, igual que los lazos que perduran después de la muerte en algún lugar dentro de nuestras vidas, y de que algunas palabras, algunas imágenes, algunos objetos van adquiriendo significado, es más, posibilidades de vivirse con el paso de los días? Ahora ya cuento con numerosos motivos que me harían creer que ése es un camino largo, muy largo. Por eso, podría pensar, por ejemplo, en la historia de aquel reloj que, también con cierto arrepentimiento, devuelve a Olga a la memoria de Monsieur Jak todas y cada una de las ocasiones en las que el tiempo le cuestiona, de aquel reloj que sobre todo cobra significado, para qué engañarnos, en esas pequeñas noches prohibidas. Para algu-

nas personas, por no ser capaces de romper lazos y marcharse, el tiempo se había escapado para siempre. Y el dolor de cierta ceguera y de la incapacidad de dar marcha atrás había que explicarlo, que conseguir explicarlo con una parte de sí mismo en el lugar donde se extinguían las palabras. ¿No estaban todos acaso tratando de alcanzar de un modo u otro ese estado de inmortalidad en la línea del horizonte que cruzaba sus respectivas almas?

No cabe duda de que aquel viejo reloj de cadena ucraniano tenía algunos momentos, algunos detalles relacionados con la noche en la que pasó a formar parte de la vida de Monsieur Jak que ninguno de nosotros seríamos capaces de entender jamás debidamente, momentos y detalles que quedarían entre dos personas. Aun así, aquello que, con el paso del tiempo, se va captando en las miradas en momentos inesperados y queda escondido detrás de las palabras quizá pueda encender la luz de cierto camino, por pequeña que sea, siempre y cuando no se ignoren las posibles equivocaciones. La pista más importante que logré descubrir en esta historia y que me brindó, por tanto, la ocasión de avanzar de algún modo hacia esas vidas totalmente remotas provenía del hecho de que este reloj fuera un legado del padre de Olga y que hubiera transmitido unas vidas a otras desde una antigua, antiquísima Odessa; vidas confusas en la infancia que cambiaban de manera inexorable con el paso de los años, que podían volver a nosotros con aspectos distintos. ¿Quiénes, qué personas, qué olores caseros acompañaron a este maestro relojero durante su vida, qué sueños o qué esperanzas se dedicó a perseguir desde qué talleres o tiendas que supusieran para él un refugio ocasional, qué relojes hacía mientras tanto? ¿Qué empujaba al padre de Olga a seguir alimentando la historia del reloj en contextos diferentes del de Odessa? Contextos, horas inagotables, imágenes y palabras de valor incalculable con connotaciones especiales, muy especiales, que uno lleva dentro de sí con personas siempre inolvidables por caminos forzosos, que hacen que esas esperanzas se puedan renovar. La historia desembocó en una época muy diferente con una textura totalmente distinta en el viejo piso de Olga de Şişli. Los significados asociados con los viajes y con la imposibilidad de regresar al pasado eran ya diferentes ahora. Viajes y detalles que, de improviso, en un momento inesperado, dirigían nuestras vidas, que creíamos haber conseguido vivir. El regalo de un amigo para transformar una separación en una unión mediante una vía dife-

rente, con el fin de hacerse recordar. Un amigo o… Al maestro relojero de Odessa, teniendo en cuenta todo esto, no lo conoce nadie. Esta circunstancia proporcionaría la ocasión de multiplicar las preguntas y por tanto las posibilidades, y de igual manera las historias. Por ejemplo, ese reloj no sólo se podría haber hecho para un amigo; teniendo en cuenta el carácter impresionante de aquella joven de Riga, es posible que, además de amistad, hubiera intervenido algún sentimiento manifestado de manera no verbal, secretamente, por una vía muy distinta. Un sentimiento que hubiera estado esperando, imaginando, reviviendo un territorio y una época diferentes, como muchos sentimientos que no se llegan a experimentar. ¿No habéis vivido u oído hablar de la historia de los refugios erróneos?

Es probable que este reloj tampoco se hubiera hecho en Odessa. Pero aun así, en este episodio de la historia y a pesar de esta posibilidad, debía buscarse, por ese horizonte, una amistad, un sentimiento abierto a fronteras y a probabilidades diferentes que relacionara con cierta ciudad a varias personas a través de un viejo pasado, de un largo viaje; debía buscarse un maestro, un maestro que tratara de dar forma al tiempo a su manera. Un maestro, eso es. Un maestro con gafas, muy juicioso para su edad, que hablara poco, que explicara, que intentara manifestar el tiempo de un modo diferente, con sus miradas, con su porte, con las palabras que utilizara.

Por el tiempo de los demás.

Por las personas condenadas a pensar para siempre en los momentos que no se han llegado a disfrutar.

Tic, tac.

Tic, tac.

Miles, cientos de miles, millones, miles de millones de tictacs.

Como en otros cuentos, en otros países, en otros mundos de sensaciones.

Tic, tac.

Allí, en la historia que he perdido, debía de vivir un maestro relojero, que respiraba en silencio o con su propia voz, eso es. En algún lugar de esta historia debería haber camuflado un maestro que nos hiciera entender mejor el tiempo, lo que hemos podido vivir y lo que no hemos llegado a saborear en la vida, que pudiera advertirnos con sus miradas y su presencia, aunque fuera desde muy lejos, lo que no debemos dejar escapar y por qué, o que al menos nos forzara a reflexionar

al respecto. Quizá fuera un maestro que se hubiera pasado la vida entre miles de relojes, en un pueblo recóndito alejado de la civilización del que no hubiera salido nunca, pero que hubiera alcanzado, en ese pequeño mundo, un lugar que nadie más podría alcanzar, que hubiera descubierto rincones y detalles que nadie podría descubrir; o tal vez un maestro que viviera en la torre del reloj de una gran ciudad, que ubicara los viejos relojes en un lugar concreto del tiempo, y se considerara a sí mismo el único protagonista de un ritual ancestral; o quizá un maestro que, desde el faro que iluminaría durante las largas noches un mar que muy pocos viajeros alcanzarían, nos proporcionara una interpretación muy diferente del tiempo.

El maestro, en este sentido, debería llevar el nombre de uno de los personajes que habían llegado hasta mí a través de terceras personas, a través de las novelas que nunca morirían ni se agotarían, y que habían tratado de expresar sus deseos tan sólo con sus miradas.

Alejandría es un cuento

La Olga que yo conocía recordaba a su madre como la hija bien educada de la familia de un banquero rico de Riga que se había atrevido a rechazar todas las oportunidades y opciones que se le habían presentado, y con el fin de construir su propia vida, incluso de ganársela, se había casado con un primo de tercer grado dejando estupefactas a numerosas personas de su entorno. En la vida que dejaba a sus espaldas había casas, esperanzas y viajes muy distintos de las vidas que encontró después de dar ese paso.

Olga era, según pude comprobar, una de esas mujeres que supieron preservar durante toda su vida la última voluntad de su madre, revivirla con sus propios valores. Con el tiempo, me cruzaría en otra historia con un ejemplo de lealtad semejante o, mejor dicho, con una trayectoria similar, desarrollada con espacios, palabras, sonidos y sumisiones distintos. Aunque también en ella, la sombra de una madre se había quedado grabada y llevaba años pululando por el interior de una mujer. Los pasadizos que se me iban apareciendo me mostrarían de nuevo lo difícil que resultaba renunciar a una persona. Pero por todo ello,

haría falta algún tiempo para construir una nueva historia. En este asunto, naturalmente, había oculto un aliciente, lo sé. Este estímulo era, al mismo tiempo, la voz de la subordinación a mis sueños. La voz de la subordinación a mis sueños con el fin de descubrir nuevas máscaras de los demás. Si bien no se me ocurría otra manera de pensar con respecto a las experiencias que habían tenido lugar, las historias que tratábamos de relatar y vivíamos en diferentes momentos, con diferentes personas y en mundos distintos, constituían, al fin y al cabo, la materia prima que nos permitía transmitirle a otra persona esas migas de esperanza que llevábamos guardadas dentro.

Historias, personas, mañanas que nacen, que se conciben de nuevo con esperanzas y engaños. En la historia que Olga me contó, que nos contó sobre aquella mujer de Riga, había para mí un detalle curioso a partir del cual, también en aquellos días, me parecía factible avanzar hacia esas vidas. La protagonista de esta historia era una mujer que, a pesar de todos sus pasos y de su arrojo, trataba de justificar sus vivencias mediante el inexorable destino de los judíos; una mujer que había logrado, quién sabe si tal vez por ese motivo, aferrarse un poco más a la vida sacando fuerzas, incluso en las épocas más difíciles, de este pequeño engaño, histórico para algunos. Esta actitud, esta postura frente a la vida saldría a menudo a la luz en momentos de grandes decisiones, o en los días en los que el reloj marcaba otras horas, en los que vivir ciertos momentos exigía una valentía a la altura de las circunstancias. Era tan importante en esta aventura el hecho de creerse imprescindible, merecía tanto la pena defenderlo… ¿Qué tipo de necesidad condujo sin embargo a aquella joven de Riga a una vida diferente? ¿Dónde había que buscar aquel aliciente, en qué disgusto? Olga no pudo hablar demasiado de este tema, o prefería no hacerlo. O dicho de otro modo, es posible que la mujer de Riga no le hubiera hablado nunca a nadie, ni siquiera a su propia hija, de este periodo de su vida. Esta posibilidad no era en absoluto desdeñable, teniendo en cuenta aquellas vidas y los vacíos que se extendían entre las madres y los hijos.

Esas insinuaciones, los sentimientos que sólo podían expresarse y compartirse a través de insinuaciones, siempre me hicieron pensar que Olga le había provocado a su madre un disgusto inolvidable, es más, incurable. De este modo, cuando trato de mirar desde una perspectiva semejante las experiencias acontecidas, me resulta más adecuado pensar que ella omitiera a propósito algunos recuerdos relacionados con

su madre, que prefiriera callárselos. Con el tiempo, a medida que pasaban los años y se desarrollaban ciertas relaciones e incluso ocurrían ciertas muertes, este disgusto probablemente fuera perdiendo en cierto modo su importancia. Y es que con el tiempo aprendíamos a perdonar, es más, puede que anheláramos perdonar a muchas personas por el recuerdo a nuestros muertos. Pero en definitiva, si Olga mencionó a su madre, a aquella mujer de Riga, en ese cuento, en su propio cuento, fue tan sólo a modo de detalle. De alguna forma, con esta actitud quiso vengarse sutilmente de algo, consciente o inconscientemente. Y esto, supongo, representaría una sublevación contra su madre, su manera de darle la espalda. Yo nunca supe el motivo de este enfado ni traté de averiguarlo. Después de todo, puede que no entendiera lo suficiente determinados sentimientos, que no supiera situarlos en el lugar que se merecen. Pero cuando pienso en esta mujer que supo siempre impresionarme con su finura y elegancia, sé que puedo fiarme por completo de mis observaciones por lo menos en cierto tema. Esta convicción me brinda la oportunidad de entornar con mayor amplitud las puertas del cuento. Teniendo en cuenta el mundo que rodeaba su infancia y su adolescencia, podía decirse que su mayor amor lo había vivido con su padre; siempre había sido, con una expresión manida, «la niña de sus ojos», muy a pesar de su madre. Tal vez por esto me resulte más fácil seguir la pista de Mozés Bronstein, un padre que trataba de darle a su hija todo lo que tenía en beneficio de su vida, un padre abnegado y al mismo tiempo desesperado que no dejó atrás ningún recuerdo que anhelar en demasía. La historia, a los que puedan interesarse por una aventura extensa, los transporta a tiempos muy remotos, a los días que podrían reunirnos en algún sitio con aquel maestro relojero. Para poder entender mejor lo ocurrido, para poder apreciar mejor algunos momentos y detalles.

Corría el año 1905. Mozés Bronstein escapó primero a Alejandría junto a su esposa, con quien compartiría una larga, larguísima aventura, con la esperanza de proporcionarle a su hijo de cuatro años un futuro diferente, huyendo de los pogromos, de las inmensas muertes, de las largas noches en las que todos los vecinos del barrio fueron dejando en las calles, a regañadientes, tantos enseres que consideraban valiosos, tantos retales de vida, es más, tantas vidas que se confundieron en un instante con un recuerdo lejano… Confiaba en la fortuna de dos familiares suyos y, lo que es más importante, en el par-

tido que le sacaría allá donde se instalara a su oficio de sastre, que sabía que podía llevarse consigo a cualquier lado. Fue a Alejandría, esperando una vez más que algo cambiara y poder resurgir desde ciertas tragedias hacia días nuevos y hermosos, con la fuerza que le proporcionaba en parte la herencia que había recibido de esa historia y en parte ese carácter oriental inquebrantable que de algún modo había hecho mella en su interior, arrastrando una vez más con cierto pesar ese sentimiento de exiliado en algún lugar en lo más hondo de su corazón.

¿Hasta qué punto era cierto o cabía creer en lo que Olga les había contado a los demás, a los que siempre había querido sentir a su lado, con respecto a aquellos viejos días? Responder a esta pregunta, al igual que a muchas otras, es naturalmente imposible. Sin embargo, teniendo en cuenta ciertos detalles, parece que la historia, a pesar de las lagunas, podría asentarse en ciertas personas en recuerdo de aquellas ilusiones. Una historia que quedaría para siempre en ciertas personas en recuerdo de aquellas ilusiones, o que podría o merecería la pena compartirse con ciertas personas, con la esperanza de situar los días vividos con todas sus carencias, sus ausencias, sus mentiras y sus interpretaciones erróneas en un lugar más apropiado. Un cuento de Alejandría. Un cuento al que Olga regresaba de vez en cuando, al que se fue aferrando con más fuerza con el paso de los años, a medida que se alejaba en el tiempo; un cuento al que, en cada paseo por el tiempo y con cada ausencia, atribuía un nuevo significado. En él, de algún modo, se escondía una alegría o la búsqueda de una pequeña felicidad. Por eso tampoco me importa que el cuento tal vez se hubiera escrito de un modo distinto a lo que sucedió en realidad. «Hay que saber padecer las consecuencias de ser judío», dijo su padre en su lecho de muerte, mientras se preparaba para emprender un viaje muy distinto de los anteriores, un viaje que llevaba mucho tiempo esperando. Era una tarde en que Odessa, Alejandría e incluso Estambul, cierto Estambul, quedaban muy atrás. Durante aquellas tardes, revivieron intencionadamente aquellas ciudades y calles en otra ciudad diferente, en un cierto Estambul, en una dimensión muy distinta. Eran las últimas tardes; había que sentirlas, que reproducirlas y compartirlas a pesar de todas las relaciones rotas. Olga utilizaría las palabras de su padre al cabo de los años, muchos años, para hablarle a otra persona de un desconsuelo totalmente distinto. Una de esas noches en que, al cabo de años, ya nadie

creía, ya nadie podía creer ni en el calor de la familia ni en las largas noches de maternidad que cobraban sentido a base de sacrificios. Sólo el tiempo permitía que algunos sentimientos y las palabras que les daban sentido pudieran entenderse debidamente y ocuparan el lugar que les correspondía. Al cabo de los años, después de que fuera siempre demasiado tarde, de que el dolor de ciertas despedidas se reprodujera con remordimientos y con otras vidas. De algún modo, aquellas noches rebosaban de sentimientos que Mozés Bronstein creía poder compartir con su querida hija, con la única amiga que le quedaba en el mundo, y que siempre había soñado con desvelar. Pero yo sé que Olga albergó siempre en su alma la tristeza de que aquellas noches hubieran llegado demasiado tarde. Había un lugar en el que un padre y una hija habían pasado años sin verse, sin poder verse, por mucho que vivieran juntos y a pesar de todo el cariño que se tenían. Era sin duda el caso de algunos de los típicos crímenes familiares que afloraban en idiomas y con apariencias diversas. Aunque al fin y al cabo, todos allí morían de maneras diferentes y tenían que abandonar algo muy valioso de sí mismos. El enfado de Olga puedo entenderlo un poco mejor al intentar abordar desde una perspectiva semejante el sentimiento que experimentó al compartir aquellas noches. La introversión de Mozés Bronstein, naturalmente, tenía también aspectos justificables. Olga, a pesar de todo su resentimiento, había reparado en esta verdad. De no ser así, no habría visto a su padre como un «amigo perdido», un amigo que se ha dejado escapar. No era fácil. Su padre era una de esas personas que aglutinaban inconscientemente numerosas vidas en una sola, capaz de condensar en la suya numerosas vidas y personas. Porque él era ante todo un trotamundos, un sastre que podría contarle a más de uno la historia de sus andanzas. Era un viajero nato y en parte por eso fue incapaz de entenderse con los extranjeros. ¿Suponía esto un criterio para medir el fracaso? No lo creo. Pero hay mucha gente que, a falta de criterios para evaluar el éxito, necesitaba del fracaso ajeno para disfrazar el propio.

Vidas y personas… ¿Y los sueños? ¿Y los largos viajes que se habían reproducido con sueños? Las experiencias vividas en Alejandría conformaban un pequeño cuento, eso es, un pequeño cuento que perduraba en calles estrechas y sucias, en olores y sonidos diferentes. Mozés Bronstein estuvo unos doce años viviendo en Alejandría con aquella mujer chiquita de Riga, la única mujer de su vida, que no tenía

rival a la hora de preparar un buen *borsch*[1] y que sabía hacer frente a las dificultades de su casa; una mujer que olía un poco a cebolla y un poco a repollo, que había logrado mantener en pie a su familia durante un periodo bastante extenso sin pensar ni un solo día en regresar a su antigua vida, no sólo con la fuerza que le inspiraba el sentimiento de responsabilidad que su condición de mujer le imponía, sino también con lo que ganaba con las clases de alemán que impartía, y que presenció, durante este periodo, cómo el aventurero de su hijo se alejaba cada día más de ellos y tomaba rumbo hacia una vida totalmente diferente. En aquellos días, el hecho de que los primos ricos que lo habían invitado a esa ciudad le echaran una mano sólo era posible hasta cierto punto. En parte por este motivo, hubo pequeñas decepciones, por lo menos al principio. Pero con el tiempo, todo, todo lo relacionado con la vida cotidiana encontró el nuevo lugar que le correspondía. O dicho de otro modo, aquella nueva residencia resultaba cada día menos extraña. Se añoraban menos las vidas que se había dejado atrás. Las vidas, en definitiva, igual que los objetos personales, la ropa y las fotografías, podían transportarse de un modo o de otro a otras tierras. En este sentido, es probable que lo verdaderamente importante fuera sobre todo que se entendiera bien, como es debido, el significado de la andadura.

Aunque con el tiempo la salud de Mozés Bronstein fue deteriorándose cada día un poco más. Los médicos eran incapaces de encontrar la causa de esos dolores que se intensificaban de continuo. Hubo tan sólo un médico, un señor mayor, muy mayor, que dijo que la causa del dolor debía buscarse en los trastornos que un clima diferente es susceptible de producir. El cuerpo había aguantado durante años, pero al final se había rebelado. El remedio podía hallarse viviendo en un clima más frío, más frío o más apropiado, un clima que debía cambiar de nuevo. Teniendo en cuenta las puertas que algunas personas les abrían a ciertas vidas, el consejo de aquel médico anciano podía, naturalmente, interpretarse de varias maneras. Después de todas las batallas que se habían asumido a la hora de tomar decisiones, de vivir o quedarse en un país, no resultaba fácil arriesgarse a una nueva vida con preguntas, con dudas y, lo que es más importante, con miedos totalmente

1. Sopa de verduras cuyo principal ingrediente son las raíces de remolacha. *(N. del T.)*

nuevos. Con todo, decidieron marcharse a Londres. Sin embargo Jacob, el hermano de Olga, que tenía por entonces dieciséis años y al que ella nunca llegó a ver, se empeñó en trazar su propio camino, en Alejandría o en otro país. Sus experiencias y ciertas amistades que los Bronstein no llegaron a entender a pesar de todos sus esfuerzos habían hecho de Jacob, por lo que se veía, una persona muy madura para su edad. Había que prepararse para otras vidas y para otras rupturas; caminar por senderos totalmente diferentes. Esta canción ya la conocían, ya la habían aprendido y se la iban a saber aún mejor. La separación, en parte por este sentimiento de incertidumbre, debió de ser más fácil. Al principio de aquel viaje, no estaba clara la manera en la que se iban a desarrollar los acontecimientos. Entendieron, pudieron entender que habían sido llamados a observar todas las opciones, es más, a creer de nuevo en el destino, en sus destinos. La familia se reuniría algún día. Creyeron en esto, quisieron creer. Olga todavía se acordaba. Una de las últimas noches en las que disfrutaron de aquella unión demorada, su padre dijo a propósito de los días de Alejandría: «Hemos aprendido el significado de abandonar, de resistir y de perder». En estas palabras, de algún modo, se hallaba oculto un poema que le abría al hombre, para el bien de su vida, un camino muy distinto y relevante. Un poema cuyo significado quizá tuviera que ver con lo que había quedado atrás, en la distancia. Por este motivo, además de todos los caminos hermosos que había abierto y del sentimiento poético que despertaba, la historia de Jacob se había atrincherado en lo más hondo de sí en forma de adivinanza capaz de suscitar numerosas preguntas y dudas. Esta adivinanza cobraría un aspecto muy diferente con el tiempo. Con el tiempo, un día en que el cuento retornaría a ellos con alguien inesperado de un lugar inesperado. La aventura londinense de los Bronstein dio comienzo un día de verano. Por aquellos años, muchas ciudades padecían los sufrimientos de la guerra y aquella mujer chiquita de Riga añoraba más que nunca tocar el piano.

Título de la edición original: *Istanbul bir Masaldi*
Traducción del inglés: Pablo Moreno

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: febrero 2013

© Mario Levi- Kalem Agency- 2011
© de la traducción: Pablo Moreno, 2013
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: Maria García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, I Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 32365-2012
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-40-7
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5209-5
N.º 34140

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)